



Getsemaní: “Yo te adoraré en mi llanto”

Revista *Espejo* No. 5-6 | Enero - Diciembre 2012 / 2013

2

//Por Chavelly Jiménez Castellanos *

“En este encierro se acrisola mi alma.
Ellos me han apartado de su propio aliento.
Estoy hermosamente aislado”.

Pedro Blas Julio Romero

Para la tradición cristiana, Getsemaní fue el lugar donde Jesús dudó agónicamente de su destino de redentor de los hombres —que implicaba sufrimientos inimaginables y la muerte violenta de su ser mortal—, pero al mismo tiempo, donde tuvo la epifanía de que una voluntad sabia e infinitamente superior a la suya legitimaba su sacrificio.

Curiosamente en una ciudad ecuatorial de un país suramericano, Cartagena de Indias, existe un barrio con el mismo nombre. A semejanza de su homónimo católico, el Getsemaní tropical también pareciera personificar una agonia constante, una tensión bañada en sudor. No uno, sino

muchos Judas Iscariote, que amenazan diariamente con entregar la “perla de la resistencia” en manos “enemigas”.

En el Siglo XVI, le fue colocado el nombre de Getsemaní a este territorio enclavado en uno de los islotes que conformaban la antigua Calamarí, población indígena de la familia Caribe. Inicialmente pensado para albergar el Convento de San Francisco en 1555, lo cierto es que Getsemaní se fue llenando con el pasar de los siglos de una variedad de personas, de distinta procedencia. Muchos años antes de que Cartagena fuera fundada, ya en

Getsemaní existían mestizos, mulatos, negros, conviviendo con extranjeros que iban desde monjes piadosos, pasando por tahúres, contrabandistas, filántropos, artesanos, prostitutas, y gente de todo oficio y clase social. Hecho que evidencia que Getsemaní ha sido desde siempre, de todos y de nadie.

Muchos años antes de que Cartagena fuera fundada, ya en Getsemaní existían mestizos, mulatos, negros, conviviendo con extranjeros que iban desde monjes piadosos, pasando por tahúres, contrabandistas, filántropos, artesanos, prostitutas, hasta mestizos de todas las clases sociales y de todos los oficios. Hecho que evidencia que Getsemaní ha sido desde siempre, de todos y de nadie.

Obnubilada por la historia oficial durante siglos enteros,

es relativamente reciente el descubrimiento de Getsemaní –Gimaní– como emplazamiento popular y resistente frente a la colonización española. La sempiterna imagen de hostilidad y peligrosismo que –al igual que Chambacú– acompañó al barrio durante decenios enteros, mediante un lento, pero contundente proceso de resignificación forjado por la academia, por los gestores culturales y sociales, por administraciones distritales con mentalidad abierta, ha hecho que hoy Getsemaní sea más que el prototipo de la “favela” local. No tiene nada de extraño que el otrora agreste hermanastro menor y vergonzoso del Centro Histórico aparezca en guías turísticas como producto de rutas culturales, como referencia en revistas nacionales e internacionales. Mucha gente no tiene idea de qué es, pero saben que existe y que “deben ir”. De hecho, en la pasada edición del Hay Festival, Mario Jursich, en el evento de clausura, se refirió públicamente a un apelativo que se ha popularizado últimamente sobre el barrio: “Jetset-maní”. Este apodo se le debe al hervidero cultural y humano en que el arrabal se ha convertido. Es casi risible ver cómo los lugares y bares de la Media Luna –que en otro tiempo eran impensables para la gente “decente”– sean una opción plausible un viernes o un sábado en la noche, y que incluso los que interactúan, no sean sólo los “intelectuales y “bohemios” –frecuentes desde la época del Tuerto López y Jorge Artel–, sino incluso gente de barrios de la periferia.

La resemantización positiva de Getsemaní está enmarcada en una serie de procesos académicos y culturales que se remontan ya hace a más de una década, donde a través de la búsqueda de la innegable herencia afrodescendiente se pretendió una revitalización de las tradiciones festivas de la ciudad, alejándolas de las imposiciones homogenizantes y “blanqueadoras”. Se indagó en los silenciados orígenes de los procesos libertarios, se escudó con lupa en esos héroes negros y mulatos que no aparecen en los monumentos cincelados con los arquetipos occidentales y centralistas de una ciudad vitrinizada. En esa aventura se hundió el dedo en la llaga en las Fies-

“La resemantización positiva de Getsemaní está enmarcada en una serie de procesos académicos y culturales que se remontan ya hace más de una década, donde a través de la búsqueda de la innegable herencia afrodescendiente se pretendió una revitalización de las tradiciones festivas de la ciudad, alejándolas de las imposiciones homogenizantes y ‘blanqueadoras’.”

tas Novembrinas, en el espacio público, en la maniquea apropiación de algunos empresarios de espacios ciudadanos. Getsemaní fue entronizado como el sitio donde la independencia de Cartagena fue concebida y ejecutada. Esos negros y mulatos, encabezados por Pedro Romero, fueron estandarte de esta resurrección identitaria y han sido presentados como los verdaderos mártires de la libertad cartagenera. Fue como si el velo del engaño histórico se rasgara y se dijera a viva voz: la libertad de la que gozan se la deben a esta barriada a la que tanto desprecian. Como dijeron Esteban Vega y Cielo Puello, en el prólogo a la obra poética de Pedro Blas Julio Romero, “Gímani encierra la ilusión de la libertad”.

Después de la descripción de esta arcadia, se pensaría que a fin de cuentas, a pesar de los “enemigos”, Getsemaní es el final feliz de un cuento. Pero lo cierto es que este variopinto lugar está lejos de constituir una armónica composición. Más allá de la reidentificación urbana, el barrio enfrenta una serie de tensiones cuya ebullición aún no alcanza el máximo grado y que todo no terminará de manera fatalista.



Por un lado, existen múltiples negocios que se han tomado Getsemaní, los hoteles en sus diversas categorías: hoteles baratos, hostales, hoteles boutique, pensiones, etc. Restaurantes que van desde vender pollo asado en la Calle Tripita y Media hasta lo más cotizado de la cocina internacional, como los que bordean la Plaza de la Trinidad. Bares y discotecas, en distintos formatos, donde desde el miércoles en la noche se pueden ver extranjeros, personas del interior del país, habitantes locales, moverse al ritmo de géneros que van desde la tradicional champeta hasta la música electrónica. Getsemaní hace parte del itinerario de la rumba

en Cartagena. Esta cantidad de oferta comercial exuberante ha hecho pensar a muchos que el espíritu tradicional de Getsemaní está en vía de extinción y que al final correrá la misma suerte del Centro Histórico, donde las personas que residen son relativamente pocas, dada la sobrevalorización de la finca raíz y la colonización excluyente de empresarios, quienes con sus negocios hasta ocupan ilegalmente el espacio público con la aquiescencia de las autoridades administrativas. El Centro Histórico es el patio de recreo de Colombia y de todos los que quieran, tanto que cuando una celebridad de la farándula se casa, cierran calles y avenidas enteras. Este ejemplo alarmante del Centro, específicamente de su homólogo, el Barrio San Diego, produce preocupación en muchos sectores de la ciudad.

Ahora bien, es satisfactorio ver cómo la gran cantidad de turistas contribuyen a la economía local y a la generación de ingresos. Es tranquilizador ver que la Calle de la Media Luna es caminada sin el miedo constante de hace veinte años a un atraco. Pero desde

otra perspectiva, se subsume de algún modo en la crisis de la modernidad: el “progreso” por encima de la “esencia vital y cultural”. Getsemaní es un destino turístico, la Plaza de la Trinidad se llena a borbotones y eventos artísticos, musicales, literarios, vienen y van. Pero, ¿cuál es el precio? ¿Cuál es el sacrificio que debe pagar la ciudadanía? ¿Dónde quedan los derechos de los habitantes raizales del barrio que ven cómo ese espíritu de sus abuelos, esa herencia elocuente de la diáspora africana se ve pervertida por unos foráneos que se lucran con eso que ellos son y que tanto defendieron?

Esta
cantidad
de oferta comercial
exuberante ha hecho
pensar a muchos que el
espíritu tradicional de Getsemaní
está en vía de extinción y que
al final correrá la misma suerte
del Centro Histórico, donde las
personas que residen son relativamente
pocas, dada la sobrevalorización
de la finca raíz y la colonización
excluyente de empresarios,
quienes con sus negocios hasta
ocupan ilegalmente el espacio
público con la aquiescencia
de las autoridades
administrativas.

Aparte del malestar generado por la germinación elocuente de negocios, son otras las tensiones que ha traído consigo este fenómeno, que algunos denominan “la moda Getsemaní”. A raíz de la recuperación del barrio, que ha implicado la realización de distintas actividades al aire libre, el surgimiento de colectivos con ideas renovadoras como “Ciudad Móvil” y “Pedro Romero Vive Aquí”, han hecho voltear la cara hacia Getsemaní y convertirlo en un destino cultural, el ambiente se ha plagado de cierto grado de comodidad hacia lo diverso. La concepción que existe de Getsemaní entre el también desarraigado público bohemio, humanista, alternativo, es que Getsemaní corresponde a un sitio donde se puede estar sin complicaciones, donde se puede transitar sin represiones de tipo religioso y político. Aquellos que no caben en la Cartagena de la Plaza de Santo Domingo, ni en la Calle del Arsenal –también es Getsemaní, pero con otro imaginario– ni en la Cartagena de la Avenida Pedro de Heredia, encuentran en Getsemaní, en especial en la Plaza de la Trinidad, un lugar donde su humanidad puede desplegarse sin miedos. Estos son los llamados “getsemanicenses por adopción”, que la mayoría, con una indumentaria parecida,

con un discurso que podríamos calificar arbitrariamente de “contracultural” —pues son muchos los matices— se sienten parte del barrio.

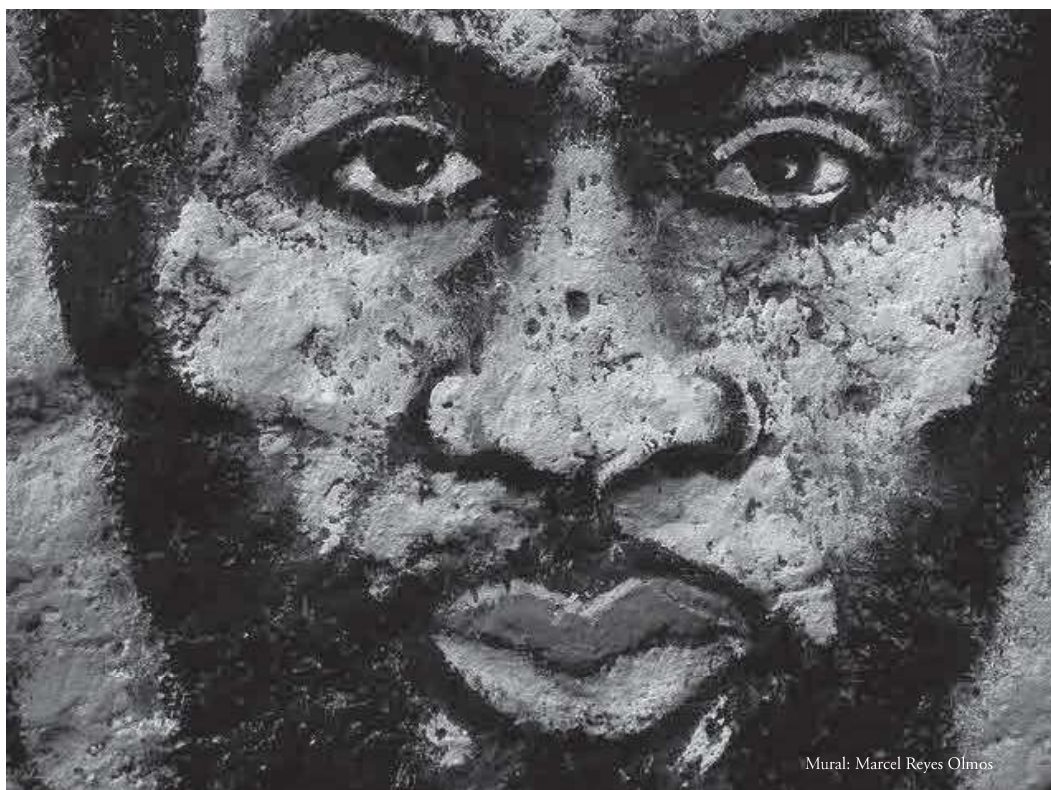
Sin embargo, la presencia de esta “ola alternativa” no es del agrado de muchos vecinos del barrio. Una cantidad creciente de habitantes considera que la moralidad del barrio se ve fuertemente comprometida con actos como ingerir licor en el atrio de la Iglesia de la Trinidad, fumar, que las personas del mismo sexo se demuestren su afecto públicamente, que bares eleven los decibeles de manera perturbadora para el sueño de los vecinos. Realmente muchos getsemanicenses raizales sienten que sus valores están en riesgo e incluso se han presentado algunos enfrentamientos entre los vecinos del sector y los asiduos visitantes del barrio, especialmente jóvenes. Los sacerdotes de las parroquias de San Roque y la Trinidad han jugado un papel preponderante en estos desacuerdos, dado que de manera activa y enérgica han rechazado estos comportamientos, tanto desde el púlpito, como en la confrontación directa con los presuntos infractores.

En suma, Getsemaní está lejos de ser una tabula rasa. Como todo lugar heterogéneo, está lleno de intereses diferentes, de roces, de

“Después de todo este panorama, no queda más que pensar en Getsemaní como una prostituta ideal. Bastante atractiva, pero inevitablemente mercantilizada. Con el suficiente carácter para abrir las piernas todas las noches a cambio de dinero, pero con la culpa judeocristiana cuando se baña todas las mañanas.”

enfrentamientos. Se debate entre su herencia africana y los frutos del capitalismo salvaje. Entre el aire de libertad y los valores católicos. Entre la lógica rescataista de su identidad y el neo-blanqueamiento de una industria turística calificada como peligrosa.

Después de todo este panorama, no queda más que pensar en Getsemaní como una prostituta ideal. Bastante atractiva, pero inevitablemente mercantilizada. Con el suficiente carácter para abrir las piernas todas las noches a cambio de dinero, pero con la culpa judeocristiana cuando se baña todas las mañanas. Con unos padres que la juzgan, pero que se benefician de los frutos económicos de su trabajo. Con una reputación por mantener, pero igual aparece en los catálogos que manejan sus proxenetas. Y es aquí cuando retumba ese verso de Oscar Wilde “en el viento yo te adoraré en mi llanto, como lo hice antes”. ■



Mural: Marcel Reyes Olmos